



## Ordenación de presbíteros

**Concatedral de San Nicolás, sábado 1 de julio de 2017**

Celebramos la ordenación como presbíteros de nuestros hermanos diáconos, José y Pablo José, en el marco siempre gozoso, por la gratitud a Dios, del curso que termina, un tiempo además iluminado este año por el Jubileo de nuestro Seminario con motivo de los 275 años de su fundación. Nuestro Seminario cuna de nuestro presbiterio, corazón de la Diócesis, en palabras del Concilio Vaticano II, casa y hogar donde el Señor ha ido configurando y confirmando la vocación de vosotros dos: José y Pablo José.

La vocación como gran misterio de amor y gracia ha sido evocada en el libro del profeta Jeremías, tal y como hemos escuchado, en cuyas palabras queda patente la iniciativa de Dios. Iniciativa que Jesús destaca personalmente siempre que se detiene a resaltar que Él es el que elige. En efecto, llamó a los que quiso. Desde ahí cabe deducir que el sacerdocio solo es posible cuando se ha aprendido a escuchar su voz, que el sacerdocio se fundamente en una relación dialogante con Él, y, sobre todo, en la iniciativa de Jesús. Así, aquel que ha escuchado su llamada puede decir de sí mismo: Él me quiere; existe una voluntad de Jesús sobre mí.

Y el Señor nos ha llamado y elegido para servir. Así ha quedado bien patente en el Evangelio de S. Mateo que acabamos de escuchar. Así lo recordaba el Papa Francisco en su homilía de ordenaciones de presbíteros del pasado día 7 de mayo: *“Tened siempre delante de los ojos el ejemplo del Buen Pastor, que no ha venido a ser servido sino a servir. Por favor –pedía el Papa-, no seáis “señores”... sino pastores, pastores del Pueblo de Dios”*. Estas eran sus palabras conclusivas de la homilía, pero antes hacía un preciso repaso de las tareas concretas que recordaba a los nuevos presbíteros hace tan solo unos días, y del que me permito resaltar los toques de atención que hace sobre el cuidado de dos sacramentos concretos: la Penitencia y la Unción de Enfermos, dice: *“Con*

*el sacramento de la penitencia perdonareis los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia. Por favor, os pido en nombre de Cristo y de la Iglesia que seáis misericordiosos, siempre; no carguéis en los hombros de los fieles pesos que no pueden llevar, y tampoco vosotros. Jesús regañó por esto a los doctores de la ley y los llamó hipócritas. Con el Oleo Santo daréis alivio a los enfermos. Una de las tareas –quizás aburrida, también dolorosa– es la de ir a visitar a los enfermos. Hacedlo vosotros. Sí, está bien que vayan los fieles laicos, los diáconos, pero no os olvidéis de tocar la carne de Cristo sufriente en los enfermos: estos os santifica a vosotros, os acerca a Cristo”.*

Hace exactamente una semana, aquí mismo, celebrábamos a S. Juan Bautista, y esto me ayuda a evocar unas palabras de Benedicto XVI que, siendo Arzobispo, en un encuentro sacerdotal en Ratisbona, en el marco de la fiesta del Precursor, decía a los sacerdotes acerca de sus tareas: *“En una sola frase aparece condensada la lista de nuestras actividades obligatorias: <<Preparar al Señor un pueblo bien dispuesto>> (Lc 1,17)”*. Que efectivamente centremos nuestras tareas ministeriales en preparar el camino del Señor hacia los hermanos necesitados de su Verdad y de su Amor. Que a Él, a Cristo, conduzcan nuestras palabras, nuestros trabajos, nuestro ministerio. Que encontremos a Cristo en los hermanos, que seamos portadores de Él para ellos, que transparente y lleve a Jesús todo nuestro ministerio, el ministerio al que vais a acceder, Pablo José y José, por el sacramento del Orden.

S. Pablo, tal como hemos oído en la segunda lectura, pedía a los presbíteros de Mileto que tuvieran cuidado *“del rebaño que el Espíritu Santo os ha encargado guardar, como pastores de la Iglesia de Dios, que Él adquirió con su propia sangre”*. En efecto, a ese cuidado he querido hacer referencia en todo lo dicho, cuidado que supone entrega, compromiso y disponibilidad, actitudes fundamentales, para servir, para entregarnos en auténtico servicio.

Pero para mantener vivas esas actitudes, para vivir con ilusión y pasión nuestro servicio, y más en tiempos como los nuestros, permitidme que subraye lo que S. Pablo les pide a esos presbíteros previamente: *“Tened cuidado de vosotros”*, cuidaos, les advierte el apóstol, a quien hemos celebrado junto a San Pedro, junto al querido San Pedro, hace dos días.

Y para iluminar esta petición del apóstol, también dirigida a nosotros, me permito recordar que cuando Jesús llamó a los que quiso, tal como lo cuenta San Marcos (3,13-15), e instituyó a los doce, lo hace, como dice textualmente el Evangelio, “para que estuvieran con Él” y “para enviarlos”. Sólo el que está junto a Él puede ser enviado. Sólo quien le conoce, sólo quien conoce sus palabras y sus hechos, quien le ha experimentado puede llevarle a los demás. Estar con Él debe constituir siempre la pieza central del servicio sacerdotal. Cuanto más penetrados estemos nosotros mismos, estéis hermanos José y Pablo José, de la presencia de Dios vivo, tanto más podremos llevarla a los hombres y tanto mejor percibiremos que es justamente este servicio genuinamente sacerdotal el que no ignora la vida real, sino que hace “que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,19).

Cuidar la comunión con el Señor, el “estar con Él”, caminar con Él, es la clave del cuidarnos, para unidos a Él estar vivos, con la savia de su vida fluyendo en nosotros y así tener vivo el amor primero, la fuerza que nos hace ser fecundos en el ministerio, cuidando a los que se nos ha confiado. Sin Él somos como los de Emaús antes de verle junto a ellos, deprimidos y quejosos, cansados, sin esperanza ni aliento, con Él hay misión, prisa, volver a los hermanos, a Jerusalén, lugar, sí, de la cruz, pero contemplada desde la Pascua, acompañados por el Resucitado.

Qué hermoso ha sido en este curso revivir en la “Lectio Divina” del Plan Diocesano de Pastoral todo lo que significa el camino y el encuentro de Emaús; qué hermoso ha sido, desde ahí, el servicio de ayuda a la revisión de la vida y ministerio sacerdotal que nos ha ofrecido la Delegación del Clero proyectado en el Encuentro Diocesano Sacerdotal, aún bien vivo. Él mismo, Jesús Resucitado, es la medicina, el remedio de nuestros males y pecados, y a la vez el origen de la misión. Efectivamente el “tener cuidado de vosotros” que pide Pablo a los presbíteros de Mileto debe seguir resonando para nosotros, y desde la luz del camino de Emaús nos parece claro que queda cumplidamente orientado en la atención preferente a la relación viva con la persona de Jesús y a la vuelta constante a los hermanos, a Jerusalén, lugar de los Doce, de la Cruz y la Resurrección, de la comunidad del Resucitado, del Pueblo de la Pascua, la Iglesia.

En el Salmo responsorial hemos proclamado: “Cantaré eternamente tus misericordias, Señor”. La alegría, el gozo profundo en el Señor, la experiencia constante de su

misericordia, en medio de nuestro servicio nada fácil, debe caracterizarnos. Os lo diré con las palabras del Papa Francisco en la reciente homilía de ordenaciones: *“Conscientes de haber sido elegidos entre los hombres y constituidos en su favor para atender las cosas de Dios, ejercitad con alegría y caridad sincera la obra sacerdotal de Cristo. Sed alegres, nunca tristes. Alegres. Con la alegría del servicio de Cristo, también en medio de los sufrimientos, las incomprensiones, los propios pecados”*. Alegría, hermanos Pablo José y José; que se apoya en la confianza en el Señor, en echar las redes en su nombre, en abandonarnos a su fidelidad.

Que ese gozo, tocado de una gran paz, se instale en vosotros en esta celebración, en la que estáis llamados a rezar con gratitud por cuantos han sido instrumentos de Dios para traeros a este lugar y momento: vuestros padres, abuelos, hermanos, familiares; vuestros formadores, compañeros, párrocos y comunidades, por aquellos que han rezado, sostenido vuestra vocación. Y, mirando a María, nuestra Madre, tan cerca como estáis de su imagen como Virgen del Remedio, imitad su sí confiado y gozoso al Señor, y por su intercesión, ofreced sencillamente vuestras vidas. Así sea.

**✠ Jesús Murgui Soriano.**  
Obispo de Orihuela-Alicante.